

Corre...

Aún no sabes el por qué, pero conoces perfectamente los motivos, tu vida está en juego. Corres por las mismas oscuras calles por las que tantas veces has caminado, por las que en infinitas ocasiones has paseado. Estás muy asustada, tu respiración cada vez se acelera más y tu corazón late con tanta fuerza que parece querer salir de la prisión en la que permanece prisionero que es tu cuerpo. Las lágrimas brotan de tus ojos enrojecidos y recorren tus enrojecidas mejillas, ni siquiera emites un mero sollozo, todo el esfuerzo se ha dirigido únicamente a un único punto, a tus piernas, ellas son las que dominan el resto de tu ser, ellas son las que dan las órdenes y el resto de tu organismo las acompaña.

¿Por qué corre esa muchacha?, se preguntan las personas que te ven pasar, no les dices nada, ¿para qué?, sabes perfectamente que en esta ciudad el egoísmo es la fuerza más poderosa, nadie ayuda a nadie, lo que está aconteciendo es cosa tuya y de nadie más, se preguntan el por qué de tus actos porque les domina la curiosidad, si se lo dijeras no serviría lo más mínimo.

En tu mente solo hay una idea, escapar, llegar hasta tu hogar en el que por fin estarás a salvo, a pesar de ir más rápido de lo normal las distancias para ti son cada vez más largas, el tiempo juega en tu contra.

Giras hacia la derecha, el edificio en el que se encuentra tu piso se alza hacia el cielo desafiante, otra prueba más de la soberbia del hombre para demostrar a la naturaleza que puede erigir las más altas construcciones.

¡Las llaves!, buscas constante y nerviosamente las llaves en tus bolsillos, pero no las sientes, crees que han podido caerse en tu loca carrera, incluso la posibilidad de habértelas dejado antes de salir ronda por tu loca cabecita, lanzas un suspiro cuando por fin consigues localizarlas.

El estado en el que te hayas es el culpable de tus vanos intentos por meter la llave en la cerradura, hasta que te das cuenta de un pequeño detalle, esa no es la llave de la entrada del portal. Lanzas un suspiro de alivio cuando la introduces, el grito de alegría que sale de tu garganta cuando cierras la puerta podría haber resucitado incluso a los muertos.

Mala suerte, no hay luz en la escalera, caminas a tientas, subiendo muy despacio los escalones, a veces te detienes y miras hacia atrás, no ves a nadie y continúas, maldices el por qué de la presencia de cuatro tramos de escalera antes de poder llegar al ascensor. Cuando llegas a éste aprietas el botón de bajada, ver iluminada la flecha hacia abajo hace que por fin sonrías, una sonrisa que no se dibujaba en tu bello rostro en muchos días.

El tiempo que tarda en subir hasta la altura en la que se halla tu piso es para ti como ver caer un grano en un viejo reloj de arena, eterno. Sales y avanzas lentamente por el pasillo, es un tramo que no parece tener final. La escasa luz proveniente del exterior es su única iluminación, la luna su única bombilla. Escuchas un sonido, un compás, es el sonido de los latidos de tu corazón.

Alcanzas la puerta...

Ya estás a salvo, ya has vuelto a tu hogar, ya no hay amenaza alguna que te haga peligrar, aquí no puede entrar absolutamente nadie, es un octavo piso, cierras la cerradura de seguridad, ahora salvo que abras tú, nadie puede acceder a hacerte daño.

Se acabó, todo se ha terminado, olvídalo ya, te dices a ti misma, ya no existe ningún motivo para estar asustada, ha sido algo terrible, algo que recordarás para el resto de tu vida, pero ese algo forma parte del pasado, ahora estás en el presente y en ese presente hay una palabra escrita.

Salvación.

Pero...

Un golpe, proveniente del salón, hace que te vuelvas a asustar, te diriges hacia allí con la respiración nuevamente acelerada, no hay nadie, solo una ventana abierta golpeando contra la pared.

Te dices a ti misma, ¿en serio yo deje esa ventana así cuando me marché a las diez de la noche?, no sabes que contestar. Te diriges hacia tu habitación, quieres cambiarte de ropa, quitártela, está empapada de sudor, incluso ronda la idea de prenderla fuego y que se convierta en ceniza.

Te quedas paralizada a mitad del pasillo al ver una enorme figura que está junto a la entrada de tu habitación, intentas correr hacia la puerta blindada que has cerrado antes. Cierras los ojos, cuando los vuelves a abrir esa figura ya no está.

Sientes algo detrás de ti, una presencia, no estás sola, percibes su cálido aliento, lo notas acercarse más y más a tu cuello. Dos pequeños e incómodos pinchazos en él, después la sangre salir de tu cuerpo. Esa sensual tortura dura poco tiempo, te suelta.

Tu mirada ahora es una mirada perdida, avanzas a trompicones por la casa, no tienes fuerzas ni para gritar, te llevas una mano hacia las heridas, son dos pequeñas perforaciones, a tu paso vas tirando todo lo que pillas a tu alcance, quieres salir de tu hogar, del lugar en el que pensabas que estabas a salvo, pero no lo has estado, ha sido tu cárcel, lanzas un pequeño suspiro y caes redonda al suelo y notas... la nada...

Ya eres una más, una persona más que cada noche va aumentando la lista de víctimas, otra que comete el error de acercarse demasiado a una oscura y solitaria figura que deambula por las calles en busca de presas. Otra persona que ha servido de alimento.

Una más...

Una más de la que me he alimentado...